

Teresa León

Dos huellas

(Teatro breve)

PERSONAJES:

María	25	a	30	años
Rafael	35	a	40	años

(ACTO ÚNICO)



A escena representa un modesto comedor. Todo indica muy mediano bienestar y nada de buen gusto ni de alegría de vivir. Dos puertas en el lateral izquierdo: la primera da a un dormitorio y la segunda a la cocina. En el derecho, una ventana y un mueble. Al fondo la puerta de calle, la ventana cerrada, por lo que la escena en un comienzo está en penumbra. Un aparador, una percha con el abrigo y el sombrero de Rafael. Sobre la mesa un pequeño ramo de flores artificiales apretado y mal dispuesto. Aparece María por la puerta del dormito-

rio arreglándose aún. Es una mujer triste y apagada, sin ninguna coquetería en el peinado y menos en el vestir. Lleva un delantal grande y burdo.

Cuando sale se dirige a la cocina, allí se detiene un instante, luego aparece con un plumero, una escoba y un paño. Abre la ventana y la habitación se ilumina tenuemente, pues ésta da a un triste patio de luz.

Comienza a limpiar preocupada de no hacer ruido. Pero al mismo tiempo María está tomada por algo que la atormenta y la absorbe en tal forma, que sin querer entona una cancioncilla que es casi como un tic de sus nervios cansados. Una canción monótona e igual, o un silbido imperceptible. Siempre el mismo. Cuando ella está más absorbida por lo que hace este sonido o canción debe salir de sus labios más fuerte. Dos veces en el transcurso de esta escena, María alza su tono y se asusta cubriéndose la boca, como esos niños pillados en falta, y mira hacia el dormitorio.

La tarea de limpiar los muebles con el paño la hace con fruición, bien marcada, como si ésta fuera la misión más importante de su vida. Cuando se haya repetido esta indicación lo suficiente para dar clima a la obra, aparecerá Rafael por el dormitorio poniéndose la chaqueta. María, al salir su marido está de espaldas atareada en su limpieza, de manera que Rafael la sorprende entonando su cansadora cancioncilla, que como se ha repetido no es más que algo que se puede llamar canción en dos o tres notas.

El se la queda mirando y sin gritar:

Rafael.—¡No callarás!

(María se vuelve asustada. Por nada del mundo quiere molestar a su marido. Va hacia la cocina. Rafael mientras tanto toma el periódico que debe estar en el suelo frente a la puerta de calle y se sienta a leer. Vuelve María con la bandeja del desayuno y sirve. Ella toma con desgano y observando a su marido. Este momento de la escena debe dar la sensación de algo que se repite siempre. María no quiere turbar la lectura de Rafael; al terminar su desayuno se vuelve hacia el público y queda en una actitud de sosiego, pero a medida que sus preocupaciones la toman, sale imperceptiblemente, la cancioncilla de sus labios distraídos. Rafael aparta sus ojos del periódico y enojado dice a María:

Rafael.—¿Es que estoy condenado a oír toda mi vida ese estúpido ruido que haces?

María.—... Pero y yo...

Rafael.—¡Y tú qué!

María.—Nada.

(María lo mira largamente mientras él vuelve a enfrascarse en su lectura. Al ver esto, que sin duda es una de las cosas que más la hieren y en su imposibilidad de poderlo decir, oculta la cabeza entre las manos y llora. Sin sollozar).

Rafael.—¡Era lo único que nos faltaba; que te diera por llorar ahora!

(María se seca las lágrimas y decide hacer algo. Toma el paño y comienza a frotar lo que esté al al-

cance de la vista de Rafael. Este la observa un momento y sarcástico:

Rafael.—¡Ese es tu elemento! ¡Es lo único que te saca de esa apatía estúpida en la que te das vuelta como un topo!

María.—Y qué quieres que haga si todo te molesta . . .

Rafael.—(Entre dientes y volviendo a su lectura). ¡Desaparecer!

María.—(sin encono). No sé . . . no puedo . . .

Rafael.—(siempre entre dientes). ¡Imbécil!

María.—No me insultes, Rafael, no hay necesidad de que me insultes.

Rafael.—¡Ah! ¡Cómo me irritas!

María.—Pero ¿Por qué?

Rafael.—¡Y lo preguntas!

María.—Sí. Lo pregunto. Ya ves . . . Quisiera saber qué te he hecho para que me aborrezcas tanto . . . tanto . . .

(Pausa, Rafael habla pausadamente, convencido de su desgracia).

Rafael.—Si no te aborrezco ya. Ya pasó la época en la que vivía algo en mí para aborrecer o amar . . .

María.—Perdóname Rafael, pero no te entiendo . . .

(Rafael hace un gesto de hastío desesperado por la torpeza de María).

Rafael.—¡Ah!

(Pausa).

María.—¿Me dejas que te pregunte algo?

Rafael.—Procura decir las menos tonterías posibles.
¡Habla de una vez!

María.—Pero no te enojés... y así podré decirte con calma lo que quiero decirte... Lo que es necesario. No es por mí que lo hago, porque bien sabes que yo puedo soportar muchas cosas sin quejarme... Aunque eso tú no lo puedes saber porque no te lo he demostrado aún... (El la mira con una compasión mezcla de fastidio y de rabia, pero ella no nota esto que le daría más valor para seguir hablando. María sigue con la cabeza baja y sin mirarle como tomando fuerzas de su debilidad). ¡Qué tonta soy! ¡Estoy llena de cosas y ni te las sé decir! Oyeme... si yo supiera qué te molesta en mí, si tú me lo dijeras sin enfadarte... No sabes cómo me confundes cuando me riñes... Si me lo dijeras Rafael como me hablabas cuando nos casamos, sería todo tan fácil porque yo trataría de darte gusto. ¡Te quiero tanto! (gesto de impaciencia de él). Déjame que te lo diga para que pienses, que no me costaría nada y acaso sabiendo lo que te pasa podría ayudarte.

(María ha hablado dominando el llanto. Rafael deja el periódico y mira frente a sí abatido. María al ver que no tiene respuesta mira a su marido y con vehemencia le pide, pero sin alzar la voz).

María.—¡Si me dejaras ayudarte!

(Pausa larga en que Rafael parece recoger sus ideas para hablar lentamente).

Rafael.—No puedes ayudarme porque lo que tengo es hastío. ¿Sabes qué es eso? No. No puedes saber porque desgraciadamente eres incapaz de ver lo que está más lejos de este cuarto con estos malditos muebles que tú frotas y frotas con ese afán estúpido que pones en las cosas más inútiles. Y lo peor, lo más grave, es que tú no tienes la culpa de ser como eres.

María.—Por eso te pido que me expliques...

Rafael.—(sardónico) Crees que poniendo más orden en esta cueva en la que vivimos como dos ratones, cambiaría mi vida?

María.—No te burles, Rafael. Tú sabes que no es eso lo que quiero preguntarte...

Rafael.—Pues bien. El daño está dentro de ti. En cómo eres, en cómo hablas, en cómo te sientas, en haberme casado contigo, en tenerte siempre frente a mí con tu estupidez y con tu incomprensión.

María.—Y yo...

Rafael.—¡Y tú qué!...

María.—(con suavidad). Yo soporto todo lo que viene de ti... hasta tu terrible indiferencia... Debo mirarte siempre a través de ese periódico que tú tomas en cuanto llegas a casa... y nunca, nunca recibo nada de ti ni aun cuando alguna vez creo merecer siquiera una palabra buena...

Rafael.—¿Por qué no te vas entonces?

María.—Porque no puedo.

(Pausa).

Rafael.—¡Si me odiaras me iría lejos de aquí o me pegaría un tiro, haría de mi vida lo que me diera la gana! Pero estoy amarrado a ti porque soy un cobarde y un fracasado y porque tú eres una mujer abnegada que giras en torno mío haciéndome responsable hasta del aire que respiras!

María.—¡Rafael!...

Rafael.—¡Sí! ¡Sí! Te me has echado encima y no me dejas. ¡Tu estupidez me ahoga! ¡Y has matado en mí todo deseo, toda ambición!

(Pausa).

Al terminar mi trabajo monótono y cansado, rendido por ese esfuerzo inútil y sin compensación alguna, más que un sueldo miserable que nos permite agonizar de hambre, me pregunto si no sería mejor morir para no ver más esta casa con estos muebles y este orden frío y de mal gusto... y a ti que tienes el más asombroso aspecto de llavera, metódica, torpe y aburrida...

María.—Pero...

Rafael.—... sí, sí. Si yo te he quitado tu alegría. Ya sé lo que me vas a decir. Y tienes razón. Nos hemos robado mutuamente. Yo tu juventud y tu buen humor y tú mis ambiciones, mediocres, pero ambiciones al fin... ¿Para qué? ¡Para nada! Es decir, para nada no, pues nos hemos creado la obligación de vivir enyugados por un deseo que brilló hace mucho, mucho tiempo y del que ya no queda nada, ¡nada! ¡Ni el agradecimiento de haberlo tenido!

(María llora, pero sin sollozar. Las lágrimas corren

sin que ella se preocupe de enjugarlas. Está sentada derecha, con las manos juntas sobre la falda. A lo más hace imperceptibles movimientos con sus dedos. Responde sin mirar a Rafael).

María.—¡Lo que me dices es atroz! ¡Cómo puedes lastimarte así!

Rafael.—(volviendo a su violencia). ¡Hazme el favor de pensar en ti alguna vez y déjame que me haga añicos si me da la gana!

(Mientras Rafael se pasea iracundo, María permanece en su sitio. Después de una pausa).

María.—Soy un animalito indefenso en tus manos... (se asusta por temor de haberlo herido). ¡No! No es que me hagas daño... No. Es que no sé... ¡No sé! (va a llorar pero se contiene). Tú piensas en otras cosas... mi mundo es éste. Esta casa, tú. Tú en todo lo mío. Tu pena es mi pena... tu alegría es mi alegría. No lo puedo remediar. Trato de hacerte la vida llevadera, pero no lo logro. No sé lo que quieres. No sé lo que buscas... No vivimos mal, tan mal... ¡Claro que no tenemos ningún lujo, ni lo necesitamos, ¡digo! Yo no lo necesito porque yo estoy bien donde tú estás... me pides que piense en mí... ¡si es lo mismo! si estás tú en todos mis pensamientos... ¿Es mucho pedirte que me dejes a tu lado...?

(La mansedumbre de María vence a Rafael que se deja caer en la silla anonadado).

Rafael.—¡Pero si te estoy diciendo que! ¡Oh! ¡Qué estúpida eres!

María.—Si te entiendo Rafael, si te entiendo . . . Pero, ¿quién cuidaría de ti?

María se da vueltas en sus ideas, y de pronto como si se le ocurriera algo:

María.—Acaso te convenga salir unos días. Hace tanto tiempo que no descansas. Podrías pedir permiso . . . luego volverías . . .

Rafael.—Volver. ¡Volver! Siempre volver . . . hacer el mismo camino todos los días sin que el corazón se altere por nada. Poner los pies en las mismas huellas de ayer y de antes de ayer . . . y de mañana; y hasta donde le alcanza a uno la vista ve a un pobre hombre inclinado, andando siempre, siempre sobre sus pasos sin que el anhelo de llegar los apure porque da igual cualquier sitio.

María.—(en voz baja) Son tus nervios, querido, estás cansado

Rafael.—(sin oírla y hablando como para sí). Y cualquier sitio es igual porque se está muerto por dentro . . .

María.—¿Y qué quieres hacer?

Rafael.—(en el mismo tono anterior). Nada. No hay nada que hacer. Hay que esperar que pase algo que se interponga para que nos haga levantar la cabeza de este camino de dos huellas, la de ida y la de vuelta . . .

María.—Nunca habías hablado así . . .

Rafael.—(sarcástico). Estoy pensando fuerte como si tuviera el tesoro de un amigo inteligente . . . Pero en

su lugar estás tú. Dispuesto todo tu ser a ayudarme... pero no puedes porque no me entiendes. Me das lo que menos necesito. Crees que tu vida termina cuando yo llego. Te entregas en tal forma que tu cerebro no trabaja sino por mí y para mí, que no te quiero, que no puedo ni agradecerte esa abnegación absurda y descontrolada... «Yo estoy bien donde tú estás... es mucho pedirte que me dejes a tu lado... (ríe tomándose la cabeza entre las manos). ¡Es mucho pedirte que me dejes a tu lado...! ¡Y ni siquiera puede uno hacerse sangre al estrellarse contra esa cosa mansal

(Pausa).

María.—Dime qué puedo hacer, cómo debo hablarte para que mis palabras no te lastimen también... .

Rafael.—Pero ¿Es que no comprendes que tú tienes una vida aparte de la mía? Una vida tuya que te pertenece, y de la que puedes disponer tomando lo que te guste o lo que no te haga sufrir demasiado.

(Con rabia y casi a gritos). ¡Por qué te has aferrado a mí!

María.—Porque te quiero.

(Desarmado de nuevo por la mansedumbre de María se para frente a ella y anonadado le dice calmadamente).

Rafael.—¡Que ferocidad hay en tu mansedumbre! ¡Qué egoísmo en tu entrega! ¡Cómo te defiendes con tu estupidez! (Breve pausa y sin gritar)... te mataría... (Va hacia la percha, se pone el sombrero de cualquier manera. El abrigo le queda con el cuello levantado.

María que lo ha seguido con la mirada ve este desorden y corre espontáneamente a arreglarlo. Rafael le sujeta el brazo y la mira con odio, luego sale inclinado, despacio, vencido). María lo mira irse. Después busca con sus ojos un apoyo como un ser abandonado. Luego se deja llevar de su sufrimiento, que hasta ahora ha tratado de dominar.

María.—¡Qué hago! ¡Qué hago, Dios mío! ¡Qué puedo hacer!

(Llora de bruces sobre la mesa).

Telón